

DE  DE
LA BIBLIOTECA


Institución
Universitaria



DE S DE
LA BIBLIOTECA

Desde la Biblioteca / Instituto Tecnológico Metropolitano, Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural--
No. 59 (jul.-dic.2020). -- Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2020.

60 p. : il.

ISSN 0123-8094

ISSN-e 2346-3104

1. Velilla Moreno, Pilar -- Crítica e interpretación. 2. Gestión cultural de Medellín I. Instituto Tecnológico Metropolitano. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural.

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

Rector

JUAN GUILLERMO PÉREZ ROJAS

Directora Editorial

SILVIA INÉS JIMÉNEZ GÓMEZ

Comité Editorial

SILVIA INÉS JIMÉNEZ GÓMEZ
JUANA MARÍA ALZATE CÓRDOBA
LINA YANET ÁLVAREZ ESTRADA
GUSTAVO OTÁLVARO OCAMPO

Corrección de textos

JUANA MARÍA ALZATE CÓRDOBA

Asistente Editorial

CAROLINA CASTAÑEDA VERGEL

Colaboradores

KATHERINE GIRALDO AGUDELO

Entrevista

GUSTAVO OTÁLVARO OCAMPO
JUANA MARÍA ALZATE CÓRDOBA

Diagramación y diseño

ALFONSO TOBÓN BOTERO

Solicitud de canje

Biblioteca ITM
Calle 73 No. 76A – 354 Medellín – Colombia
biblioteca@itm.edu.co
Teléfono: (574) 440 5100 Ext. 5165

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO
Institución Universitaria adscrita al Municipio de Medellín

Calle 73 No. 76A – 354 Medellín – Colombia
Teléfono: (574) 440 5100 – Ext. 5382
E-mail: fondoeditorial@itm.edu.co
<https://biblioteca.itm.edu.co/>



El Boletín DESDE LA BIBLIOTECA vincula la ciencia, la tecnología y el arte, en una trilogía que pretende promover cada vez más la cultura científica, tecnológica y artística, mediante la selección y divulgación de textos fundamentales que ayuden a concebir el mundo más integral, más completo para lograr una concepción más organizada de este, en el que el todo y las partes se unen para volver a adquirir el sentido de la unidad.

Se imprimen, para el cumplimiento del propósito pedagógico, 2000 ejemplares para distribución gratuita.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Silvia Inés Jiménez Gómez.....7

UNA VIDA EN POCOS PÁRRAFOS

Pilar Velilla Moreno11

UNA FIESTA ES UNA FIESTA

PILAR VELILLA O LA CELEBRACIÓN DEL TRABAJO

Gustavo Otálvaro Ocampo15

CRÓNICA BOTÁNICA

HISTORIA DE LA RECUPERACIÓN DEL JARDÍN DE NUESTRA CASA

Juana María Alzate Córdoba39

PILAR VELILLA, GERENTE DEL CENTRO DE MEDELLÍN Y SU PROCESO DE «CIVILIZACIÓN EN CUERPO Y ALMA»

Juana María Alzate Córdoba.....51

PRESENTACIÓN

Apreciados lectores, esta publicación que ahora tienen en sus manos la hemos dedicado desde hace 10 años a divulgar a los divulgadores de la ciencia y la tecnología de todo el mundo, incluyendo los de nuestro país.

A partir de este número, hemos considerado difundir el trabajo invaluable de muchas personas de esta ciudad de Medellín y de Colombia que hicieron y hacen tanto por la cultura y el arte. Es una manera de reafirmar nuestro interés de vincular el arte con la ciencia y la tecnología para concebir el mundo más integral y más completo porque, además, reconocemos que, dentro del conocimiento, el arte y la ciencia están indisolublemente unidos. Desvincular al uno del otro es lo que ha llevado a la fragmentación social que actualmente vivimos.

Fue así como el Comité Editorial de esta publicación decidió, a partir de este número 59, divulgar a esos personajes que tienen todo que ver con la cultura. Esto es, difundir a aquellas mujeres y hombres convencidos de que la cultura hace parte de la civilización de los pueblos y de su progreso.

Ese ha sido el norte que nos trazamos para hacer una publicación como *Desde la Biblioteca*, con el único ánimo de que los jóvenes, sobre todo, conozcan un poco más de la vida cotidiana del personaje que se publica y de los impactos en la sociedad que ha producido su trabajo en torno a la cultura. Es decir, un trabajo que ha influido en el desarrollo de los seres humanos y de sus sociedades.

En este camino, es un honor empezar esta saga haciendo un merecido homenaje a un personaje muy importante para

la vida de nuestra ciudad: la periodista Pilar Vélilla Moreno, mujer sensible, solidaria, conocedora del arte, gestora incansable de la cultura y responsable de la transformación y recuperación de la identidad cultural de lugares públicos, sumamente importantes de la ciudad de Medellín.

Pilar Vélilla quien, desde la dirección del Museo de Antioquia, del Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe y de la Gerencia del Centro de Medellín, ha trabajado incansablemente por sus coterráneos, por su calidad de vida y bienestar, por el pueblo y por la gente a la que ama profundamente, dejando la clara enseñanza de que la cultura es un valioso medio que genera transformación social.

Les damos pues la bienvenida a conocer esta nueva cara de *Desde la Biblioteca* y a esta maravillosa mujer, líder, con un verbo de verdadera periodista, apasionada por el arte, por la cultura y por la gente, que genera bienestar y evolución, no solo en el espacio y en la infraestructura de la ciudad, sino sobre todo en los corazones de sus habitantes.

La publicación *Desde la Biblioteca* y el PodCast *Ciencia y Cultura*, este último próximamente disponible en Spotify, del Departamento de Biblioteca, Extensión Cultural y Fondo Editorial del ITM, se constituyen como medios estratégicos de divulgación de la ciencia y la cultura tecnológica.

La edición digital de esta publicación pueden consultarla a través del siguiente enlace: <https://fondoeditorial.itm.edu.co/desde-la-biblioteca.html>

Silvia Inés Jiménez Gómez
Editora



Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.

No aplazo sueños.

UNA VIDA EN POCOS PÁRRAFOS

Pilar Velilla Moreno

Nací en Medellín cuando comenzaba una época de violencia política que aún no termina, pero paradójicamente crecí en la ciudad tranquila y provinciana que era la Medellín de entonces.

Me hice periodista por vocación en un momento en que la profesión estaba en manos de ilustres empíricos y los medios audiovisuales apenas hacían una tímida entrada en la formación periodística, lo que no extrañaba, pues iba detrás de la palabra escrita. Tuve la fortuna de pertenecer a la sala de redacción fundadora del periódico *El Mundo*, oportunidad única para un periodista. Hice algo de radio y durante varios años trabajé para diferentes periódicos y revistas del país.

Todas las épocas han sido de aprendizajes. De estudiante fui practicante de comunicación en una cervecería y enfermera voluntaria en el Hospital San Vicente de Paúl. Recién egresada experimenté el trabajo con el Estado como jefe de relaciones públicas de dos gobernadores: Helena Herrán y Gilberto Echeverri Mejía, y a lo largo del tiempo he participado en

la edición y en la redacción de varios libros de arte. Presidí por algún tiempo el gremio cultural de Antioquia y la Red de Museos; he compartido mis experiencias como ponente en varios encuentros locales, nacionales e internacionales (Perú, Venezuela, Ecuador, Noruega y España), sobre gestión cultural y desarrollo de ciudades. Por encima de todo, he intentado conocer a fondo mi ciudad hasta volverla objeto de mi mayor interés.

He recibido algunos reconocimientos: Escudo de Antioquia categoría oro, otorgado por la Gobernación de Antioquia; Mujer Cafam por Antioquia; Bolivariana ejemplar por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín; Orquídea de oro, otorgada por el Concejo de Medellín; Medalla Pedro Justo Berrío, otorgada por la Alcaldía de Medellín, entre otros reconocimientos que agradezco y valoro.

En lo personal, más que esposo tengo un cómplice de vida, dos hijos admirables y tres nietos que adoro. Santiago, un ingeniero mecánico y María del Pilar, una médica veterinaria. Amo los libros, me encanta cocinar y tengo una pacífica relación con la música, la que me deleita con el placer del profano, así la disfruto sin la posición crítica del especialista; lo mismo me sucede con todas las bellas artes.

En 1974 fundamos con mi esposo la Editorial Letras, una empresa dedicada a la impresión de piezas publicitarias y libros. Doce años después, por un

extraño giro de la vida y nuestro gusto por las artes plásticas, terminamos dedicados a la comercialización de obras de arte; así nos convertimos en galeristas y en esta actividad permanecemos por más de treinta años, un oficio que nunca dejaremos porque es parte integral de la vida.

En suma, han sido muchos años de trabajo y distintas ocupaciones, entre ellas la transformación de un museo. En abril de 1997 fui nombrada directora del Museo de Antioquia, una institución centenaria que recibí en un estado de profunda crisis. Desde entonces me empecé en su renovación integral para cambiarla de sede y de alma, pasarla a ocupar un valioso edificio patrimonial y demostrar que la cultura debe ser incluyente, innovadora y sostenible. Así el museo pasó de tener escasos 2000 metros cuadrados a 32 000 de áreas cubiertas y descubiertas. Fueron muchas las voluntades que se sumaron y las acciones que se dieron para que el museo sea hoy un centro de cultura viva. Durante el desarrollo del proyecto gestioné la donación de Fernando Botero y propuse la construcción de una plaza frente al museo, lo que en principio pareció una locura, pues mi ciudad afrontaba las agresiones del narcoterrorismo; sin embargo, la voluntad política aceptó el reto, compró y demolió edificios hasta abrir un fascinante espacio urbano en el que el maestro Botero ubicó 23 esculturas monumentales, hoy es la Plaza Botero, un ícono de ciudad y

un detonante de transformación del centro.

Después de ocho años en el museo, del que me despedí la noche del 28 de febrero del 2005, al día siguiente pasé a emprender otro reto del que salí en el 2010 cargada de emociones y buenos recuerdos: la renovación integral del Jardín Botánico de Medellín, una entidad abandonada y en bancarrota, que le dejó a mi ciudad un espacio público fascinante, a Colombia un centro científico consolidado y sostenible, y a mí, un apego indeleble por la naturaleza. En cinco años se construyeron el Edificio Científico, el edificio de eventos y congresos Patio de las Azaleas, el Pabellón de Ingreso y el Orquideorama, reconocido

con varios premios de arquitectura nacionales e internacionales.

Luego me desempeñé como Gerente del Centro, adscrita al despacho del alcalde de Medellín, Federico Gutiérrez, en donde trabajamos para entregar a la ciudad un centro fundacional con 58 nuevas obras de infraestructura terminadas y listas para iniciar una nueva época de su historia, recuperando su memoria y mirando hacia el futuro con transformaciones que rompen todos los esquemas tradicionales, porque basan sus diseños y estrategias en el ser humano y en la calidad de vida de los ciudadanos.

Ahí voy.



Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.

*Por encima de todo, he intentado conocer a fondo mi ciudad
hasta volverla objeto de mi mayor interés.*

UNA FIESTA ES UNA FIESTA

PILAR VELILLA O LA CELEBRACIÓN DEL TRABAJO

Gustavo Otálvaro Ocampo¹

LOS SUEÑOS

Una mañana de abril de 1997, cuando se disponía a empezar con la limpieza del Museo y antes de servir los primeros tintos de aquel día, Luz Marina, la empleada de servicios, apresuró el paso hacia la oficina de la nueva directora, impulsada por un afán premonitorio, y en el umbral de la puerta, de un modo muy sencillo, le dijo:

—Doña Pilar, tuve un sueño, —y se le iluminó el rostro—.

—¡Ay, Luzma!, ¿qué soñaste?, —le respondió Pilar, entre divertida y curiosa—.

—Estábamos entrando cantinas y cantinas de leche a este edificio, pero eran tantas y entraban tan seguido que yo gritaba, no más, no entren más, que yo no alcanzo. Y toda la noche me la

¹ Editor técnico de la Revista Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad del Sistema de Revistas Científicas ITM. Correo electrónico: gustavootalvaro@itm.edu.co

pasé preparando manjares de leche. Pero las cantinas seguían llegando y yo seguía cocinando y pidiendo que no entraran más, que no daba abasto, —resolvió aliviada, como si acabara de soltar su última carga—.

—Luzma, ¿y eso qué querrá decir?, —preguntó Pilar con ternura, porque sabía que aquella mujer era una creyente fervorosa con un toque de algo como bruja—.

—Doña Pilar, que viene la abundancia para este Museo.

Antes de su nombramiento como directora del Museo de Antioquia, Pilar Velilla Moreno llevaba años construyendo en su imaginación un museo que albergara la historia del arte de la región, con espacios para todos; ideaba acuerdos entre colecciones, el pasado prehispánico, Francisco Antonio Cano, Débora Arango, Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo, Eladio Vélez, Fernando Botero. En su mente añadía pisos y salas al que entonces era el Museo de Zea, situado en la antigua Casa de la Moneda, a donde había llegado en 1955, después de ir y venir por distintas sedes y de cerrarse una y otra vez por falta de recursos, y donde funcionó hasta el 2000 y cambió su nombre por el de Antioquia; pero ahora el sueño de Luzma anunciaba que los tiempos de prosperidad estaban por venir. Y cuando entraba a aquella antigua sede, contigua a la Iglesia de

la Veracruz, se imaginaba que parte de esas colecciones podrían convertirse en grano y alimento para su ciudad, siempre y cuando fuéramos capaces de construir un edificio con la suficiente dignidad para albergarla.

Cuando le ofrecieron que tomara las riendas del Museo, su marido le dijo:

—El Museo está en una situación crítica, te vas a meter en líos muy grandes.

—Hagamos una cosa, yo voy y miro, y si está muy mal, no acepto.

Ella fue, miró y comprobó que efectivamente estaba mal, muy mal, las deudas superaban los ingresos y la institución no convocaba a la comunidad para cumplir con su misión. Aquello era un peculado moral, según ella misma lo bautizó, porque era la segunda colección del país en importancia y en antigüedad, un patrimonio de todos al servicio de muy pocos. Esa tarde, cuando volvió a su casa, le dijo a su esposo:

—No está tan mal, no me pareció tan mal, —y se quedó mirándolo, esperando una respuesta que de sobra conocía—.

—Pues, si tú quieres, —no dijo más, sabiendo que Pilar iba querer y que nada en el mundo podría hacerla desistir de meterse en aquel berenjenal—.

LA ELECCIÓN

Otra sería la historia cuando Pilar llegara a dirigir el Jardín Botánico en 2005, porque después del Museo la gente por lo menos le pasaba al teléfono. Pero nos estamos adelantando. Hacia finales de la década de los noventa, ella era una ciudadana más, una persona común y corriente a la que habían encargado de una institución que interesaba a muy pocos, que apenas visitaban aquellos devotos de las artes y que, además, estaba ubicada en una de las zonas de la ciudad que padeció con mayor rigor los efectos del deterioro del centro de Medellín. Cuando Pilar Velilla llegó al Museo de Antioquia, todavía en su antigua sede, el 1 de abril de 1997, hace ahora veintitrés años, se quedaba mirando aquella zona y cada imagen de ese centro desnudo, que evidenciaba lo más doloroso de la miseria humana, la obligaba a preguntarse el porqué del deterioro. «Pero ¿qué pasó aquí?» — pensaba. «¿Qué hicimos tan mal para que sucediera esto?». Pues habiendo nacido en 1952 sus recuerdos eran muy distintos. Por aquellos años de infancia y de juventud, Pilar vivió el centro que era como un barrio grande para una generación que lo recorría sin temor y con deleite. Allí nació y creció, y vivió una parte imborrable de su vida; caminó, estudió, se enamoró y aprendió a trabajar bajo la tutela de dos comerciantes de tradición, sus padres. Habitó en casas diferentes de las que recuerda hasta el último recodo, y cinco veces en la legendaria calle 53

Maracaibo. Y ahora, cuando desde alguno de los costados del Museo miraba a su ciudad, no veía ya aquel centro de edificaciones patrimoniales, con su característica arquitectura republicana, porque de la noche a la mañana desaparecieron a causa de un intento de modernización mal entendido. Ese casco histórico perdió su identidad y se convirtió en miscelánea y así también en tierra de nadie. En aquellos primeros días de 1997, parada en una esquina, escudriñando los callejones que rodeaban el Museo y, de manera muy especial, la calle 51 Boyacá, lateral a la Veracruz, vio escenas que no quisiera recordar por abyectas, por dolorosas, por infames.

Sin embargo, fue precisamente en esa zona y en sus condiciones donde encontró un sentido para su trabajo, no solo en el interior del Museo, sino también en sus alrededores. Por eso recuerda que diariamente conversaba con el comandante de la Estación de Policía de la zona. «Mire, comandante, yo no sé si usted me quiere o me detesta, pero tengo que llamarlo un día sí y otro también y al siguiente y los que están por venir». Y después de colgar se imaginaba que cuando el comandante despertaba por las mañanas no tenía más remedio que decirse, «No tengo alternativa, Pilar me llama hoy». Pero ella llamaba porque veía niños entrando a los moteles, llamaba porque todo cuanto veía le parecía adverso, porque era una zona en exceso dolorosa, en donde evidenciaba todas las

patologías sociales. «Escoja un delito y lo tenemos» —solía decir un poco en chanza, sabiendo que a nadie le parecería gracioso. Finalmente, cuando fue nombrada directora el primero de abril de 1997, sabiendo que recibiría una entidad de larga tradición y dueña de un acervo histórico y artístico de gran valor, Pilar Velilla le dijo a la Junta Directiva:

—Yo acepto si ustedes están decididos a enfrentar un proyecto ambicioso, un gran museo al servicio de la comunidad, —les soltó a quienes estaban por elegirla—. Si me acompañan en esa tarea acepto, de lo contrario, no estoy interesada.

—Pilar, —respondió Antonio Picón, miembro de la junta y director de Fenalco por ese entonces— no se trata de que tú quieras cambiar; si aceptas, es una orden de la Junta Directiva: transforma el Museo.

Entre las primeras instrucciones estaba la posibilidad de vender en el mercado internacional *Rumbo a la zafra*, la pintura de Diego Rivera comprada por allá en los años cuarenta por doña Teresa Santamaría de González, a la sazón presidenta de la Junta. Pilar se comprometió a averiguar la cotización y los posibles mercados, pero advirtió que ella no sería la responsable de menguar las colecciones negociando una obra tan importante en el contexto hispanoamericano y mundial, y pensó que, si se veía obligada a hacerlo, renunciaría al cargo. Su sueño

era enriquecer los fondos artísticos del Museo, no reducirlos.

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

Su gestión no deja lugar a dudas. Esta mujer convirtió una institución en bancarota, con apenas unos 3000 metros cuadrados de área, en una entidad preparada para conservar la memoria y el patrimonio que representan sus colecciones, en un Museo sostenible, que después de su traslado a la nueva sede, produjo excedentes financieros durante cinco años consecutivos, entre 900 y 1500 millones de pesos anuales, probando que los resultados no fueron casualidad, sino producto de una política de sostenibilidad respaldada en una acertada política de mercadeo, mediante líneas de negocios enmarcadas en el objeto social de la entidad. Así se iba cumpliendo el sueño profético de Luzma. Simultáneamente, la entidad emprendió un sinnúmero de campañas y procesos, todos encaminados a incentivar las visitas, la participación en la programación cultural, en la utilización de los espacios como punto de encuentro alrededor de los temas más sofisticados y los más cotidianos; se relacionó con los vecinos, llegó hasta las zonas más alejadas con el programa 'Barrios Amigos' y convocó grandes eventos de ciudad; todo esto con la certeza de que el Museo era una herramienta para contribuir al desarrollo integral, incluyente y justo de una comunidad

que, de manera especial, desconocía los beneficios que un museo podía traer a su vida.

Aquella misma tarde en que fue nombrada, los medios se enteraron y le cayeron como abejas a la miel preguntándole cuáles eran sus planes. Ella fue categórica, «Tengo la orden expresa de transformar el Museo en una entidad grande y capaz de cumplir con su deber». No obstante, aquella frase dio vueltas en su cabeza toda la noche y se sintió rodeada por el miedo, diciéndose, «Yo qué dije, no sé cómo transformar el Museo, ni siquiera sé cómo se estructura un proyecto, apenas soy una periodista, qué voy a hacer». Con humildad, Pilar hizo lo único que podía hacer, «Dejar volar los sueños, ponerle el corazón y la sensibilidad social a cada paso y, sobre todo, preguntar. Primero, porque soy una preguntadora profesional y, quizás más importante, porque mis padres me enseñaron que lo público es sagrado y que para manejar los bienes públicos no se puede improvisar». Lo que hizo enseguida no fue más que la consecuencia lógica de su pensamiento, consultar con expertos en todos los campos que tienen que ver con un museo y tomar decisiones para hacer realidad un proyecto de la magnitud que tenía entre sus manos, una tarea grande, importante, simbólica, útil. Así, después de una noche de desvelo y sabiéndose una católica mediocre, pero depositaria de una religión que

considera parte de la herencia cultural legada por su familia y su país, una religión cuya columna vertebral es amar al prójimo como a sí mismo, esa misma mañana del primero de abril de 1997, Pilar pasó de largo el Museo y entró a la Iglesia de la Veracruz, se arrodilló y dijo, «Señor, si esto es beneficioso para la gente de mi ciudad, déjame conseguirlo». Se levantó, dio unos pasos hasta la puertecita lateral, y antes de salir, como quien súbitamente recuerda algo importante, remató, «Ah, y si lo consigo, que sea capaz de manejar el orgullo». Y regresó al Museo, cuya entrada estaba a solo dos pasos.

«El Museo estaba como si el tiempo hubiera pasado dejando sus huellas en cada espacio» —recuerda Pilar—. «Aunque había que poner baldes para recoger las goteras, era un lugar entrañable, hermoso, sagrado, un remanso en el bullicio del espacio público aledaño a la Veracruz. Y, sin embargo, una serie de políticas equivocadas lo habían llevado a la ruina, convirtiéndolo en un edificio reducido y gris. En los últimos tiempos se habían hecho grandes exposiciones, tan importantes como las deudas que dejaron». En ese momento, el Museo tenía nueve demandas y llevaba cuatro años sin pagar sus obligaciones parafiscales a sus empleados. En esas condiciones, su primera conversación fue con la contadora porque, claro, Pilar sabía que tenía que empezar a

responder por los salarios y ponerles la cara a las deudas. Por ese mismo conocimiento, pasó todo el primer año sin recibir su salario a tiempo, porque cada que entraba dinero ella preguntaba, siempre empezando de abajo hacia arriba, a quién no se le había pagado.

EL MILAGRO

Apenas diez días después de tomar el cargo, la nueva directora empezó a unir voluntades. Por su condición de periodista, Pilar sabía que doce años antes el maestro Fernando Botero había ofrecido reiteradamente una nueva donación a Medellín, pues ya en 1976 había entregado la Sala Pedrito Botero, creada para honrar a su hijo Pedro que había muerto con apenas 4 años; sin embargo, esta vez la condición era que el Museo consiguiera una nueva sede. Botero era claro: si el Museo cambiaba habría donación. Una semana después de ser nombrada, luego de muchas vacilaciones y venciendo su temor, Pilar se decidió a llamarlo.

—¿Aló?, —contestó con voz recia el mismo Botero, que decía que su secretaria era un lápiz en la oreja—.

—Maestro, habla con Pilar Velilla. Yo soy la nueva directora del Museo de Antioquia y estamos decididos a cambiar. —Hizo una breve pausa y tomó aliento—. Si nosotros cambiamos, como usted lo ha propuesto, ¿usted haría la donación de obras de arte que prometió?

—Sí, —dijo rotundo, sin cálculos—. Y no solamente eso, sino que donaría un millón de dólares para contribuir a la construcción de la nueva sede.

—Maestro, yo no soy nadie en esta ciudad, —dijo, sin perder tiempo y sin poder ocultar su alegría—, le pido el favor de que lo ponga por escrito y lo dirija al gobernador Uribe y al alcalde Naranjo.

Pocos minutos después llegaba un fax con caracteres tan grandes como la generosidad de quien los había escrito. Emocionada, Pilar tomó aquel papel con su inestimable mensaje dirigido a los gobernantes locales diciendo lo que queda dicho, y se fue directo para la Alpujarra, cuyos vericuetos conocía bien, pues entre 1989 y 1991 había servido a las gobernaciones de Helena Herrán de Montoya y Gilberto Echeverri Mejía. Allí, abordó al gobernador Álvaro Uribe (1995-1998) en la puerta del Consejo de Gobierno. Después de un cortés y rápido saludo fue directo al grano:

—Gobernador, tengo una carta del maestro Botero para usted.

—Pilar, —dijo él después de leer, sorprendido—, cuando un artista ofrece esto, ¿qué debe hacer la ciudad?

—¡Un museo, Gobernador, un museo!

El Museo tenía, pues, una colección muy importante guardada en un espacio inadecuado para unas reservas de tal naturaleza; un auditorio, un patio central con un servicio de restaurante casero, «irreperible por lo digno

y delicioso», espacios de servicios y cuatro salas de exposición permanente y temporal. Ese era todo el potencial. Pero Pilar no se amilanó y se decidió a unir voluntades, la clave del proceso. Y entendió que su trabajo consistía en seducir a una sociedad que necesitaba del quehacer de un museo activo y comprometido con su misión. Ella sabía que, si era capaz de comprometer a gobernantes, empresarios, artistas, familias, niños, ciudad, barrios, el museo soñado sería una realidad. Esa fue la clave, conformar el equipo de trabajo que, para ese momento, no pasaba de veinte personas, algunas a punto de jubilarse. No había dinero, pero ese grupo que obró el acto de magia fue atrayendo figuras insólitas, algunos vinieron a colaborar con una tarea específica, hubo empresas que donaron horas de sus funcionarios; otros llegaron como voluntarios y se fueron quedando para contribuir a levantar aquella catedral de la cultura que ya se vislumbraba en el proyecto de transformación.

Pongamos por caso a Aurita López, «esa humanista y educadora irremplazable», que aceptó unirse al grupo, pero no en calidad de directora del Área de Educación, «sino de *deseducación*, nombre que ella le dio y que era más coherente con su pensamiento». El resultado fue un Museo al que los niños querían regresar una y otra vez y sus maestros pronto entendieron que no hacía falta saberse de memoria cuántas obras de Francisco Antonio Cano

había en el Museo, sino cuál de ellas los había conmovido más, de tal suerte que la visita siempre suscitaba una conversación divertida y elocuente entre alumnos y maestros. El Museo creció bajo la tutela de esa mujer que con su gran sensibilidad social supo dirigir sus profundos conocimientos para el bien del proceso. O Alberto Sierra (q. e. p. d.), el inolvidable Sierrita, como le decían aún a riesgo de su reconocido mal carácter, que fue el curador del Museo por casi una década. Él hizo el primer montaje de las salas. Todo su buen juicio y su brillante trayectoria, que ya forma parte de la historia del arte contemporáneo colombiano, marcaron una época memorable en las salas del Museo, una lección de estética, originalidad y contenido.

Álvaro Morales fue el alquimista capaz de lograr una curiosa aleación entre abogado, administrador y diseñador de políticas, recursos técnicos y sistemas que facilitaban el diario vivir y allanaban el camino. Jennifer Murillo, que llegó como voluntaria y terminó convertida en eje principal del proceso, comunicadora estratégica y eficaz directora de proyectos; Carlos Velásquez, periodista y concienzudo conocedor del Museo y de la ciudad; Carmenza Angulo, cabeza de un exitoso modelo de eventos que convirtió el Museo en un centro y punto de encuentro de la actividad social de Medellín. Aquello fue un verdadero ejército de apasionados. Claudia Villa al frente de la Tienda del Museo y de MoLA (la marca propia

del Museo), que puso a la vanguardia del buen gusto, la eficiencia y los resultados financieros; Martha Isabel Isaza y Martha Zapata al frente del Taller de Restauración, devolviendo a la vida obras que habían sufrido el deterioro del olvido; Yaneth Fernández, que aprendió sobre la marcha a cuidar cada peso entre aquella sinfonía de colaboradores que dejaron atrás su condición de empleados para transformarse en cruzados de una gesta que convirtió aquel Museo en una institución consciente de su papel, patrimonio de la nación, dedicado a la valoración y promoción de la historia y las artes visuales en beneficio de la educación, a través de la formación artística, la investigación, la integración de colecciones y la exhibición y difusión de las obras de reconocido mérito. Aparte especial merece Dorita, que llevaba el Museo en el corazón porque desde niña había recorrido sus espacios, allá había crecido y ese viejo edificio era simplemente su vida. Dorita conocía la ubicación de cada pieza de la colección que estaba guardada en un salón en condiciones poco técnicas. Se abría una puerta y ahí estaba parte de la colección de fotografía. Se abría otra, y aparecían los cuadros recostados unos contra otros, sin control de temperatura ni de humedad. Dorita llevaba el registro de la colección en un cuadernito de colegio, que página por página indicaba el número de cada obra. El inconveniente era que solo ella sabía interpretar esas notas y si a Dorita

le daba una gripa y faltaba al trabajo, el Museo se quedaba sin su información.

LA SEDUCCIÓN

A la ciudad se la fue seduciendo paso a paso, primero con la promesa de una donación anunciada años atrás. Cuando Pilar rememora esta historia siempre dice: «Yo no conseguí la donación Botero, eso es lo vergonzoso para mi ciudad, que había permanecido indiferente e inactiva ante semejante regalo; yo simplemente la rescaté». Botero llevaba doce años comunicándole a Medellín su voluntad de donar, mientras que en otras latitudes se movilizaban esfuerzos para aprovechar este tipo de recursos en beneficio de los países. En los años ochenta, para no ir más lejos, cuando Carmen Cervera ofreció en préstamo la colección de arte que había formado con su esposo, el Barón Thyssen, Madrid se apresuró a buscarle una ubicación, de modo tal que mucha gente tuviera la oportunidad de disfrutarla. Rápidamente, el Gobierno español supo ofrecerle las mejores garantías para su conservación y seguridad en el Palacio de Villahermosa, a pocos pasos del Museo del Prado, por lo que ni él ni su esposa española tuvieron dudas para decidir dónde instalarla de manera permanente y firmar en 1988 un contrato de préstamo por un periodo de casi diez años, que ya en 1992 se había convertido en un acuerdo de compra por parte del Estado. Aquí mientras tanto, el único remedio era

seguir tocando puertas. Así y gracias a la complicidad de Jorge Molina Moreno, que para entonces oficiaba como alcalde cívico, entregado a las mejores causas de la ciudad y sin más honorarios que el goce de servir, se reunió con el alcalde Sergio Naranjo (1995-1998), quien, informado sobre el propósito de cambiar de sede al Museo de Antioquia y dotarlo de los recursos financieros, locativos y humanos para ocupar su lugar como el segundo museo de Colombia, se comprometió con una frase:

—No sé de museos ni de propuestas de esa naturaleza, pero formulen un proyecto y me lo presentan con la seguridad de que no le tengo miedo a los proyectos grandes ni me asustan las cifras altas.

Y aunque tan solo quedaban seis meses antes del cambio de administración, y sabiendo que difícilmente mandatario alguno querría empezar un proyecto de semejantes dimensiones cuando está a punto de dejar el cargo, tanto la Alcaldía como la Gobernación aceptaron el reto y comenzaron a sugerir posibles sedes, que se visitaban con prontitud. Paso a paso, la idea había ido aglutinando un grupo de soñadores apasionados con la idea, entre ellos Horacio Navarro, quien junto con Laureano Forero y sus colegas de la Sociedad Colombiana de Arquitectos iban y venían evaluando posibles locaciones para trastear el Museo; en total visitaron 28 lugares diferentes. Sin

embargo, la situación económica del Museo era insostenible.

—Yo no soy contadora ni me interesa sumar y restar, —relata Pilar con mucha seriedad—, pero sí entiendo cómo son las finanzas de una entidad y por eso siempre le pedía a la contadora que más allá de recordarme las deudas, lo que me quitaba fuerzas, habláramos de las cifras por conseguir, porque si gastaba mi energía en mirar los pasivos, no dedicaría mi tiempo a producir.

En aquellos días tocó una puerta a la que todos llegaban, la de Nicanor Restrepo Santamaría, uno de los más destacados líderes del Grupo Empresarial Antioqueño. Antes de comenzar la reunión, ella le aseguró que no venía a pedir plata.

—Y entonces, ¿qué puedo hacer por este proyecto? —respondió el dirigente.

—Solo le pido que hable del proyecto en todas las juntas a las que asiste, en las reuniones, hable del Museo, opine, cuente, no más.

Durante el resto de la reunión, Nicanor opinó sobre lo que pensaba de la renovación del Museo para la ciudad, y Pilar apuntó sus palabras y las conservó como una lección de gestión y de función social. Al día siguiente llegó al Museo un cheque de Suramericana por catorce millones de pesos que, naturalmente, fue muy bien recibido. Y aunque la institución estaba en quiebra, la directora no se gastó todo ese dinero en sueldos, sino que lo invirtió en la primera tienda. En ese

momento justo, apareció otro amigo dispuesto a colaborar con la causa, Juan Guillermo Pérez, un diseñador especialista en punto de venta. Para entonces, la entrada principal lindaba con la casa parroquial de la Veracruz. Y ya el interior no era más que un salón de paredes desconchadas; a un lado había una Cancelaría de madera más vieja que antigua, donde funcionaba la oficina de contabilidad. Al fondo, la taquilla donde Dorita cobraba dos mil pesos por la entrada y al otro lado, contigua al ingreso de la primera sala, había una vitrina metálica «de esas que se usaban en las panaderías», con puertas de vidrio corredizas y llave, en donde se exhibían unas cuantas postales y algunos catálogos con las puntas quebradas. Esa era la tienda del Museo. Con ayuda de Juan Guillermo se diseñaron los primeros productos, unos pines con bajo relieves de las esculturas de Botero, cuya fabricación costaba mil quinientos pesos y se vendían a ocho mil, porque en algún momento la gerente de una gran cadena de supermercados, que también vino a dar una mano, sugirió que quien daba ocho mil también daría doce mil, y el que no lo iba a comprar, no lo haría ni por ocho ni por doce. Después fue el momento de convertir a los proveedores en empresas solidarias con el Museo, porque a todos se les debían los suministros, con meses y hasta años de mora. Y Pilar logró convertirlos en aliados. «No tenemos con qué pagarles —les decía Pilar—, pero debemos

seguir funcionando, así que no son los libros de contabilidad ni el edificio el que les va a pagar, somos nosotros, este equipo de trabajo que les da su palabra de que se hará cargo de las deudas. Este Museo va a cambiar, y muy pronto nos vamos a convertir en una empresa sólida, y en agradecimiento por su comprensión y solidaridad, ustedes serán nuestros proveedores preferidos».

EL MEJOR MUNDO POSIBLE

Con corazón y acciones contundentes y oportunas, el equipo administró la quiebra. Con paso lento y decidido había que resolver las demandas, la nómina, los gastos de funcionamiento, las exposiciones y las actividades culturales, las deudas pendientes, mientras que, al mismo tiempo, se trabajaba en la formulación y gestión de la renovación integral. Una de las deudas era con Empresas Públicas de Medellín y cada vez que llegaban operarios a suspender el servicio de energía por falta de pago, Pilar les decía que estaban en todo su derecho, pero confundidos y sin saber qué hacer siempre terminaban llamando al supervisor y en voz baja le decían, «¡Jefe, es el Museo de Antioquia!», y esas simples palabras eran razón suficiente para que de inmediato se diera la orden de no cortar. Por otra parte, el Museo era propietario de una casa en El Palo con La Playa en donde se dictaban clases de artes. Hecho el análisis de rentabilidad social y económica se dieron cuenta de que, dadas las ambiciones del Museo

de ocupar una nueva sede, no era necesaria esta casa. Así que Pilar empezó una negociación con las Empresas Públicas de Medellín para que la recibieran como pago a esa deuda de varios años, pero infortunadamente aquello no estaba permitido y, como si no fuera poco, el personal que operaba dicha sede se opuso al cierre de la escuela. A fuerza de discutir con unos y otros, Pilar y su equipo lograron demostrarle a la Junta la inutilidad de esta sede y a las Empresas Públicas la posibilidad de buscar una figura que le permitiera colaborar con el Museo y recibir la propiedad. «Ay, mamá, es que tú eres la madre de la cantaleta, no sabemos cómo te aguantan —me decían mis hijos entre risas—. Una de dos, o tú te la inventaste o se la inventaron para ti».

La partida recayó después en Jorge Londoño, gerente por aquellos días del BIC, hoy Bancolombia.

—Jorge, yo quería proponerte que hiciéramos con el Museo lo que ustedes hicieron con el Metro—, dispuso ella, en tanto que él escuchaba intrigado —y mientras gestionamos la renovación, ustedes nos apoyan con una campaña para entusiasmar y educar a la comunidad acerca de lo que es un museo, su utilidad y disfrute y su cuidado y valoración. Mira, yo hablé con Michel Arnau, tú sabes, el creador de la campaña Cultura Metro patrocinada por el BIC, y me dijo que

él aportaba el proceso creativo y que buscara quién podría financiar el desarrollo —dijo ella sin darle tregua ni respiro—.

—Y ¿cuánto —dijo Jorge— vale eso?

—Noventa millones.

Sin arredrarse, Jorge Londoño largó una carcajada.

—Ay, Pilar, no seas charra. ¿Sabes cuánto tiene la fundación BIC para el año? Cien millones —respondió certero, jugando sus restos, pero ya intuyendo que había perdido la mano.

—Es que nosotros no estamos buscando acercarnos a la Fundación; queremos negociar directamente con el BIC.

Jorge caviló un rato entornando los ojos. Después agregó:

—Bueno, Pilar, yo creo que nosotros te podemos ayudar.

—Sabes, Jorge, somos nosotros los que te vamos a ayudar —y esta vez fue ella quien soltó la carcajada—, porque apoyar una causa de estas es meterse en el corazón de la gente. ¡A ustedes les va a encantar participar en este proceso!

En realidad, quedaron «como hechizados». Así Bancolombia se convirtió en un aliado fundamental y no solo invirtió más de seis mil millones de pesos en una intensa campaña de promoción del Museo y formación de públicos, sino que siguió paso a paso el proceso de transformación de las diferentes etapas de la Donación Botero y estuvo al frente de un programa educativo para todos los colegios públicos y privados de la ciudad, con el que se logró

que cada niño llevara a su casa una de las quinientas mil cartillas impresas, no solo con la noticia, sino con el conocimiento de lo que sería el Museo. «Un día iba caminando por el Museo —recuerda Pilar entre sonrisas— y oigo a un niño que dice, ‘Papá, no pises la raya’. El papá lo mira con sorpresa y le pregunta la razón y entonces el hijo le explicó, en detalle, por qué no debía cruzar la línea».

Más tarde, cuando comenzaban los preparativos para el concurso de arquitectura y la conformación de un equipo de trabajo para la restauración y su transformación en museo del antiguo Palacio Municipal de Medellín, una de las edificaciones más hermosas y reconocidas del país, declarada Monumento Nacional en 1995, diseñada y construida por la firma de arquitectos de Horacio y Martín Rodríguez (H. M. Rodríguez e Hijos) entre 1933 y 1937 y que fue sede de la Alcaldía hasta 1988, Pilar se detuvo, esta vez en una de las esquinas sobre la calle Carabobo, miró los edificios del frente y soñó con demoler esas edificaciones ruinosas que no permitirían que la fachada del futuro Museo luciera todo el esplendor de su arquitectura y vislumbró, además, aquel nuevo espacio convertido en plaza y en zona de acogida. Desde luego, le contó su sueño al maestro Botero y él sin titubeos ni cálculos le dijo que si se hacía realidad donaría catorce esculturas que habían estado viajando por varias ciudades del mundo para ubicarlas de

manera definitiva en esa plaza. De ahí a los hechos pasó un tiempo de gestiones y antesalas y el Museo apenas sobrellevaba la crisis económica. Buscando contagiar a otros de la importancia de esa plaza, Pilar visitó a Álvaro Sierra Jones, (homónimo de Sierrita) fundador en 1986 y, para entonces, director de la Fundación Ferrocarril de Antioquia. También a él le contó sobre su idea y la imposibilidad de contratar un arquitecto para que proyectara los primeros bocetos. Como la Fundación siempre ha estado comprometida con la preservación y la valoración del patrimonio se designó al arquitecto y grabador Luis Fernando Mejía, quien hizo los primeros rayones de aquella utopía. A su vez, el nuevo alcalde Juan Gómez Martínez (1998-2001) respondió al reto y dispuso de los recursos para comprar los predios haciendo recurso a una ley de expropiación administrativa que había sido recientemente expedida.

Cuando Medellín apenas estaba tratando de superar los efectos del narcoterrorismo parecía un chiste que en medio de esa crisis alguien propusiera la compra y demolición de todos los edificios de una manzana del centro para despejar la fachada del antiguo Palacio Municipal, dejando en pie solamente el Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, y asentar una plaza en el corazón de la ciudad. Sin embargo, la alegría y la curiosidad de la gente fue indescriptible al ver cómo una zona vital de la ciudad, en franco deterioro,

se convertía en lugar acogedor para solaz de las familias. Muchos son los nombres, las acciones extraordinarias y los inagotables recuerdos de aquel equipo humano excepcional unido por la camaradería y el disfrute de un trabajo que se parecía más a una divertida aventura. En Medellín se supo enseguida la noticia de que llegaba un nuevo habitante y el público acudió ansioso, como en romería, a conocer los detalles.

LA FIESTA DE APERTURA DEL PALACIO

LA FIESTA DE LOS NIÑOS

A la hora de abrir las puertas de la nueva sede por primera vez, y después de tantos esfuerzos, había que diseñar una fiesta a la altura de los invitados; cada celebración, cada detalle, debería llevar un mensaje a esa comunidad que da sentido y vida a la existencia del Museo. Por eso los primeros en entrar fueron cinco mil niños. Cinco mil que vinieron de diferentes municipios de Antioquia y de los barrios de Medellín, que llegaron sin clasificaciones, pues la entidad siempre los ha considerado público preferencial o como decían de puertas para adentro «estrato niño». Ellos cortaron la cinta, recorrieron las salas a sus anchas y con su desparpajo y alegría le hicieron preguntas insólitas al maestro Botero quien, divertido, se convirtió en el primer guía del renovado Museo. La entidad abría sus puertas con emoción y compromiso, por medio

de una logística descomunal. Desde los andenes, los niños encontraban teatrinos de títeres que les contaban qué era un museo y cómo podían cuidarlo para disfrutarlo por siempre.

LA FIESTA DE LA ALABANZA

Enseguida, recordando aquella corta plegaria elevada en la Iglesia de la Veracruz, se organizó un Te Deum en la Catedral Metropolitana, y Pilar decidió que en esa fecha memorable iría a misa, y se lo comentó a Juan Gómez.

—Mire, alcalde, yo voy a ir a la Catedral a dar gracias a Dios, porque le pedí que nos permitiera cumplir este sueño y Él nos lo concedió.

—Pilar, pues yo soy tan rezandero; venga yo la acompaño.

Desde luego le comentaron a Botero:

—¿Una ceremonia? ¿Muy larga? —preguntó el maestro.

—No, es cortica, como una misa —respondieron a coro.

—Ah, entonces yo también voy.

A esa fiesta asistieron el arzobispo, el alcalde, el maestro y seis mil personas que llenaron la Basílica. Se corrieron las bancas, que no se habían movido durante décadas, para dejar paso a la Orquesta Filarmónica de Medellín, acompañada por un coro de sesenta voces. Cada momento se transmitió en vivo por el canal Telemedellín, incluso el instante en que el monseñor invita al maestro y al alcalde para que suban al lateral del

Altar Mayor. Apenas terminada la celebración, Botero y su esposa Sophia Vari salieron por el pasillo central de la Catedral, mientras la gente los saludaba con cariño. Esa misma noche, conmovido, Fernando Botero le contaría a Pilar que mientras estaba allí sentado, se vio como un niño de cinco años que, tomado de la mano de su mamá, entraba a esa misma iglesia a rezar.

LA FIESTA DE LA GRATITUD

La fiesta de la gratitud se concibió para reconocer a todos los que por cualquier razón hicieron su pequeña o gran acción para el éxito del proyecto, desde los expertos que diseñaron el contenedor y el contenido, hasta los obreros de la construcción que transformaron ese claustro sagrado de la cultura, sin olvidar a las mujeres de la Veracruz que aceptaron el reto de compartir espacio con ese Museo que para entonces les abría sus puertas con generosidad y con respeto.

—Luzma, —comentó la directora, con toda naturalidad— tú vas a dar el discurso de agradecimiento. Tú lo vas a escribir, yo te lo corrijo, y vas a contar el sueño que tuviste cuando comenzamos.

Y así fue, Luzma lo escribió y Pilar corrigió el discurso, tachando apartes donde hablaba bien de su directora. Pero al final Luz Marina leyó su discurso tal cual lo había redactado y mientras narraba cada momento de esa justa de la cual ella fue un bravo

soldado, su mensaje llegaba al corazón de los presentes en uno de los momentos más emocionantes de los festejos de apertura. Mas adelante, cuando el Museo ya recibía miles de visitantes, que recorrían sus salas llevados por la pura curiosidad y transidos de emoción, hubo tiempo para hacer visitas guiadas con las familias de los obreros que les dieron forma a sus espacios. Cada uno recorrió orgulloso junto a su familia el resultado de su obra, los detalles de las lámparas que habían instalado, las paredes perfectamente pintadas, los sistemas de seguridad, los jardines. Al final de esa jornada, los obreros con sus hijos y esposas se encontraron en algún rincón del Museo salpicando sus reuniones con anécdotas, llenando de risas cada esquina y disfrutando con satisfacción el recuerdo de esos meses de trabajo. Ese hermoso edificio que había sido Alcaldía y que ahora reabría sus puertas convertido en un Museo, se había transformado, además, en la insignia de su tesón y en prueba de su heroísmo ante la mirada radiante de sus hijos.

EL CARNAVAL DE LA PLAZA BOTERO

Antes de buscar las miradas el Museo se propuso observar al hombre en su entorno, sus diferencias, su patrimonio y sus expresiones. Con esta idea, las puertas se abrirían de adentro hacia afuera, enfocando cada acción en la ciudad, el departamento, el país e incluso Hispanoamérica. Por eso el evento se realizó en la calle.

Allí se dispuso la mesa principal y en el vestíbulo y atrios del edificio, Medellín aprovechó para estrenar su Orquesta Infantil, compuesta por quinientos niños entre músicos y coros. Una vez concluidos los actos y la presentación de la nueva orquesta, que arrancó lágrimas de emoción, se abrieron las puertas del Museo por donde desfilaron, entre música y colores, 700 artistas escénicos, bailarines, saltimbanquis, comparsas, cantantes, maromeros, magos, roqueros, y actores, llenando las múltiples tarimas, en un verdadero carnaval, que duraría hasta el anochecer. Unos meses antes, cuando todavía se adelantaba la obra, Juan Guillermo Ocampo, el creador de las escuelas de música, había propuesto formar una orquesta infantil para la inauguración del Museo. Era necesario conseguir sesenta millones de pesos para traer un director y asumir la logística de ensayos con niños de muchos barrios de la ciudad. Dicho y hecho, se consiguió el dinero y se montó la orquesta. Paralelamente, Fernando Botero llegaba para el montaje de sus salas poniendo sus condiciones:

—Necesito tres o cuatro ayudantes, un almuerzo ligero y al atardecer un ron, porque voy a trabajar todo el día durante toda la semana.

«Ver a Botero montando sus salas fue una lección de museografía —rememora Pilar—. La distribución de las obras se fue convirtiendo en una

especie de danza visual que hacía que la mirada saltara de asombro en asombro. El resultado fue un recorrido sin obligaciones, estimulado por la emoción, el color, la temática, el humor, el detalle, mientras que los ojos brincaban de un cuadro de pequeño formato a uno de gran tamaño y se detenían en las narraciones que Botero había logrado en cada detalle y en cada desproporción hermosamente intencionada, unas colillas cuidadosamente dispuestas en el piso del cuarto de un prostíbulo o los aretes de esmeralda de la Dama colombiana (1981), tocada con una estola de zorro en medio de una platanera». Si bien los almuerzos fueron livianos, el ambiente se iba poniendo más intenso cada día, pero el proceso resultaría inolvidable, con el grupo de trabajo acomodado alrededor de un mesón rústico, discutiendo sobre aspectos técnicos que se combinaban con recuerdos de Botero y de Sophia. Cada día, como en un ritual de la memoria, un músico tocaba alguna melodía que devolvía a Botero a sus tiempos de juventud en esa entrañable Medellín, idealizada por sus afectos. El maestro, obstinado y seguro sobre lo que debía ser ese Museo largamente anhelado, ese legado con el que durante tantos años había soñado en dejarle a su país y especialmente a su ciudad, dispuso las obras como él consideró que el público llegaría a disfrutar más.

—Maestro, —le decía alguno— ¿a usted no le parece que ese cuadro está muy bajito?

—No, no me parece. —Y allí acababa el bienintencionado intento de ayudar.

La última de esas tardes trajo un viento suave y grato. Juan Guillermo Ocampo avisó que le llevaría una serenata al maestro. Así los presentes se sentaron en el descanso de la escalera, desde donde veían el balcón del tercer piso que se iba llenando de niños, y además podían observar la orquesta que se organizaba en el acceso principal. «Los niños llegaron en volquetas, —recuerda Pilar, emocionada.—. La orquesta comenzó y los corazones se llenaron de emoción, mientras Botero notó que muchos no tocaban. Preguntó entonces cuál era la razón y alguien le dijo que faltaban instrumentos para todos. Por supuesto, preguntó por los precios y pidió que compraran cien violines a su cargo. En días posteriores, cuando Juan Guillermo Ocampo hacía el pedido a una casa española proveedora de instrumentos musicales, el dueño le dijo que él daba otro tanto. Lo que llegó, pues, no fueron cien violines, sino una orquesta completa a la que no le faltaron ni los atriles. Pilar está segura de que el significado de semejante regalo en la vida de esos pequeños músicos en ciernes es algo que perdurará por siempre en sus corazones. «Aquello era superior a nosotros, —confiesa Pilar— los sentimientos no

descansaban y las lágrimas afloraban sin permiso. Todos los días vivíamos momentos irrepetibles, como cuando los niños llegaron para la apertura de las cajas en que venían embalados los instrumentos que comenzaron a aparecer de entre la viruta, mientras que los pequeños músicos abrazaban llorando los contrabajos y los violines. Inspirado, Alberto Sierra, el curador, hizo una exposición fotográfica, insólita y significativa, disponiendo con sentimiento y estética aquellas cajas entreabiertas que dejaban ver el sueño cumplido». La fiesta duró hasta el anochecer. La gente estaba emocionada, Medellín había recuperado su patrimonio. Era el año 2000 y el Museo de Antioquia, que había nacido en 1881, que en su trasegar había ocupado muchas sedes, había sido cerrado otras tantas por falta de recursos y varias más cambiado de nombre, ahora surgía con su colección enriquecida y con la claridad de su papel ante una sociedad que no lo había exigido porque no sabía que lo necesitaba. Lo que siguió fue la consolidación del proyecto en realidades tangibles. Hacia adelante había que diseñar y montar programas museográficos, seleccionar el personal que atendería, en principio, más de 30 salas, poner en funcionamiento el Taller de Restauración, las reservas que albergarían los fondos del Museo, las tiendas, el café y el restaurante, la programación de actividades culturales y exposiciones, las relaciones

con otros museos colombianos, los programas de mecenazgo, las líneas de negocios, el parqueadero, las investigaciones y el área de curaduría, las comunicaciones con los públicos dentro y fuera de la ciudad, los procesos contables, la administración de aquella institución que no solo había ampliado sus espacios, sino también su corazón y sus fuerzas para entregarse a su comunidad.

El 28 de febrero de 2005 Pilar se despidió del Museo, dejando atrás una experiencia de vida que la había marcado para siempre y un montón de amigos, sus compañeros de trabajo y los vecinos de la calle en una de las zonas más duras de la ciudad.



Con Fernando Botero y Sophia Vari (esposa) durante el montaje de las salas
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Con Fernando Botero en la inauguración del Museo de Antioquia
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Inauguración del Museo de Antioquia
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Con Fernando Botero y María del Pilar Naranjo Velilla, su hija
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Pilar Velilla durante el montaje de las salas
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Con Guillermo Gaviria (Q.E.P.D), Belisario Betancur (Q.E.P.D), Luis Pérez,
Fernando Botero, Sophia Vari y Juan Gómez durante la
inauguración de la segunda etapa de la Plaza Botero
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Con el alcalde Juan Gómez durante la inauguración del Museo
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.

Yo llevaba años pensando en el museo, no solo porque trabajaba con arte, sino porque me gusta soñar, ver, buscar soluciones.



Fotografía tomada de:
<https://www.flickr.com/photos/museodantioquia/11160430616/in/album-72157635191640320/>
Autor: Museo de Antioquia.



Fotografía tomada de:
https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Vista_de_Plaza_Botero,_Palacio_de_la_Cultura,_Medellin,_Colombia,_2017-04-11.jpg
Autor: Sebastián Reategui.



Fotografía tomada de: <https://www.flickr.com/photos/museodantioquia/8247375317>

Autor: Museo de Antioquia.



Fotografía tomada de: <https://www.flickr.com/photos/museodantioquia/9570132785/in/album-72157635191640320/>

Autor: Museo de Antioquia.



Llegada escultura de Botero.

Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.

CRÓNICA BOTÁNICA HISTORIA DE LA RECUPERACIÓN DEL JARDÍN DE NUESTRA CASA

Juana María Alzate Córdoba²

Mapa no es lo mismo que territorio
Alfred Korzybski

La historia del Jardín Botánico de Medellín comenzó hace más de un siglo cuando las tierras donde se ubica empezaron a usarse con fines recreativos, en lo que era conocido como la Casa de Baños El Edén, finca alquilada a familias que empezó a desmejorar cuando se prolongó la ruta del tranvía y surgieron establecimientos que fueron más atractivos para los anteriores clientes de la casa de baños. Empezaba el siglo XX y se acercaba el primer centenario de la Independencia de Colombia; en consecuencia, la región quiso conmemorar la fecha y la Junta Organizadora de la Celebración del Centenario y la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín lograron que el

² Licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, Máster en Edición, Universidad Pompeu Fabra. Editora de mesa del Fondo Editorial ITM. Correo electrónico: juanaalzate@itm.edu.co

Gobierno designara un rubro para la compra del terreno en el que se crearía un nuevo bosque para Medellín. Este no se concibió solo como un lugar de recreo para la ciudad, sino también como pulmón que protegería las especies botánicas. Así, el 11 de agosto de 1913 se creó el Bosque Centenario de la Independencia, que luego fue conocido como Bosque de la Independencia y, finalmente, como El Bosque. Sin embargo, apenas entrada la mitad del siglo llegó la decadencia, sumada al surgimiento de las casas de citas en los alrededores, lo que conllevó a la crisis del lugar. Y solo hasta la década de los 70 se unieron la Sociedad de Mejoras Públicas, la Sociedad Colombiana de Orquideología, el municipio de Medellín y el Club de Jardinería de Medellín para crear una fundación privada, sin ánimo de lucro, que le dio vida al Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe, como homenaje al sabio naturalista antioqueño, el 19 de abril de 1972.³

Sin embargo, con el paso de los años, se dio una nueva crisis económica que afectó gravemente el estado de las colecciones botánicas, de la infraestructura, y de la operación general del Jardín y para el año 2005, animada por la Alcaldía de Sergio Fajardo, la Junta Directiva

llevaba meses reuniéndose cada 15 días, entre 40 y 50 personas lideradas por la Universidad Nacional, con el apoyo de Comfama y Comfenalco, para estructurar un proyecto de recuperación, pues el jardín estaba en una situación de crisis institucional y tenía domingos en que contaba dos visitantes en el día.

En este punto de la historia entra Pilar Velilla, motivo de nuestra publicación y quien, después de una gestión sorprendente en el Museo de Antioquia, llegaba detrás de nuevos retos de ciudad. Con la idea rondando en su cabeza se reunió con David Escobar, secretario privado del alcalde y en pocas palabras le explicó lo que pensaba que podría ser la transformación del Jardín. El interés fue evidente, tanto para la junta como para el alcalde, quien le dio vía libre para desarrollar y poner en marcha su plan de recuperación. En el instante en el que empezó su administración, el Jardín Botánico era una especie de extramuros por el que buena parte de la ciudad no pasaba ni en carro. El Parque Explora no existía, el Planetario vivía una crisis institucional y el Parque de los Deseos comenzaba a cumplir con su misión de espacio público de calidad. En este punto, vale la pena traer las palabras de la propia Pilar, pues su percepción

³ Jardín Botánico de Medellín. (S. F.). Contexto histórico. <https://www.botanicomedellin.org/visitanos/acerca-de-nuestro-jardin/contexto-historico>

inicial contrasta significativamente con el resultado al final de su gestión:

Cuando le pedí una cita a David Escobar, secretario privado de la Alcaldía, para hablarle del Jardín Botánico, pasé por el escritorio de Jennifer Murillo, la directora de proyectos del Museo de Antioquia, y le propuse que si nos aceptaban nos fuéramos para el Jardín y ella de inmediato aceptó, diciéndome: «el Museo está renovado, lo que sigue es rutina, vámonos a levantar el Jardín». Propusieron nuestros nombres a la Junta, nos aceptaron y en marzo del 2005 fuimos recibidos por el reducido equipo de trabajo con Álvaro Cogollo, director científico, a la cabeza. Ellos fueron nuestros anfitriones en una reunión inolvidable bajo los árboles del bosque nativo. La señal era muy prometedora. Al día siguiente llegamos a trabajar. Las oficinas estaban en un estado deplorable, la antigüedad de los baños invalidaba cualquier reparación, pues los repuestos ya no existían. Esa misma tarde, como a las cuatro, me asomé al corredor y todos se habían ido. Pregunté, Jennifer ¿qué pasó?, no hay nadie, y ella me dijo, «Todos se fueron porque el Jardín no tiene iluminación nocturna». Esa primera noche salimos con linterna. [...] Éramos cuatro gatos, el Jardín llevaba cuatro años sin pagar parafiscales, el sueldo llegaba cuando se podía, la entrada costaba 2000 pesos y uno llegaba literalmente a un basurero. Eso era emocionante, había mucho por hacer. (P. Velilla, entrevista personal, 11 de marzo de 2020).

Además del deterioro de las instalaciones, las muestras botánicas del herbario, uno de los más importantes de la ciudad y del país, se estaban perdiendo por falta de conservación adecuada, pues el Jardín no tenía recursos para afrontar esta tarea. Muchas de esas

muestras que habían sido recolectadas durante años, algunas de finales del siglo XIX, se dañaron. La decadencia era evidente y Pilar, que no distinguía entre una lechuga y una palmera, como ella misma cuenta, sabía que estaba allí para gerenciar un proceso de cambio, pues el Jardín contaba con uno de los biólogos más destacados del país, Álvaro Cogollo, con una trayectoria extraordinaria y un palmarés de especies descubiertas para el mundo de la ciencia difícil de superar. Si a alguien se debe la permanencia del Jardín es al doctor Cogollo, que resistió las peores épocas defendiendo aquel espacio para la ciudad, de manera especial el herbario, mientras le ofrecían oportunidades tanto en Medellín como en otras ciudades, con mejores honorarios y amplios campos de trabajo y de investigación. Cuando Pilar firmó los primeros cheques de la nómina, llegó al de Álvaro Cogollo y le dijo a la contadora: «soy incapaz de firmar este cheque, es inaceptable que el director, precisamente un profesional con los méritos de este director gane esta suma mensual», y aun sabiendo la escasez de fondos, pidió que la duplicaran, ya vería ella como conseguiría los recursos para remunerarlo de una manera por lo menos justa.

En esos días la Universidad Nacional entregó su versión del Plan de Desarrollo para el Jardín, un documento muy completo, cuyo mayor valor estaba en el diagnóstico, que fue de gran utilidad, no así algunas de las

soluciones propuestas que evidentemente no se compadecían con la preservación del Jardín. Entre ellas, una de las más inadecuadas, era la construcción de una hilera de pequeños locales comerciales sobre Carabobo con el fin de alquilarlos y así obtener recursos para la sostenibilidad económica de la entidad. Entonces, con la certeza de que el espacio no podía perder su vocación ecológica y paisajística y sus objetivos primordiales, y con la experiencia de los errores urbanísticos que habían creado graves problemas sociales en la ciudad, el equipo al que ya se había unido el arquitecto paisajista Nicolás Hermelín se dio a la tarea de gestionar una transformación integral ajustada al objeto social de un jardín botánico.

Como el Museo de Antioquia, el Jardín Botánico también es una entidad privada sin ánimo de lucro, por lo tanto, solo puede recibir dineros del Estado mediante contratos por servicios. Por fortuna, el alcalde Sergio Fajardo tenía el propósito de transformar la zona con la construcción del Museo Explora y decidió incluir al Jardín en su propuesta de proyectos estratégicos, lo que significó la presencia en la Junta Directiva de David Escobar, quien orientó de manera eficaz las negociaciones entre la Alcaldía y la Corporación Jardín Botánico de Medellín, con una visión y estrategia tan acertadas, que sin su presencia el trabajo habría sido imposible o, por lo menos, aún más difícil.

Al comenzar había muchos frentes de trabajo, como el restablecimiento de una relación con las comunidades locales; el relacionamiento con los jardines botánicos del país y del exterior para proyectos comunes; la creación de líneas de negocios para la sostenibilidad de la entidad; el acercamiento a los vecinos; la restauración de las colecciones y de las construcciones existentes; el diseño y construcción de un edificio científico que albergara el herbario, la biblioteca, el laboratorio y la administración; la construcción de un nuevo Orquideorama, centralidad del Jardín; la restauración de las edificaciones contenidas en el Patio de las Azaleas; el diseño y construcción de la zona de acceso, la tienda y el café; la reposición de los senderos ecológicos permeables al agua; la recuperación del Club de Tenis que llevaba 54 años operando en aquel lugar, tantos, que quienes lo administraban pensaban que el lote les pertenecía, cuando en verdad era de toda la comunidad.

En poco tiempo se estructuró un plan de rescate del Jardín y la urgencia era tal que fue necesario comenzar con todos los temas simultáneamente. Así, por ejemplo, el parqueadero, donde se guardaban buses y camiones, había sido entregado a un privado a cambio de cuidar el Jardín por las noches. En los predios del Jardín también funcionaba un colegio privado que había ido creciendo año tras año. Incluso uno de los trabajadores del Jardín era al mismo tiempo habitante

permanente con su familia en una casa dentro del perímetro con entrada privada y la ropa secándose al sol. En el parqueadero también funcionaban seis casetas de ventas de alimentos que llevaban allí entre 25 y 30 años, pero con ellas se llegó a una indemnización y reubicación. El restaurante prácticamente no prestaba servicio, pues había muy pocos visitantes, por lo tanto, se había convertido en una empresa de catering cuyo centro de producción estaba dentro del Jardín.

¡Ah!, y las siete canchas de tenis de un Club privado. Recién llegué fui a visitarlos para informarles que el Jardín iba a transformarse y se requería de esos terrenos que, si bien eran un bien común, habían sido ocupados durante 54 años por particulares. Ellos me explicaron que hacían labor social, en la medida en que contrataban a los niños del barrio como recoge-bolas, les daban desayuno y 4000 pesos. Asombrada les dije que a mi entender eso se configura como un delito, pues era una especie de empleo infantil. Finalmente, después de un tiempo de intercambio de argumentos y defensas, la solución llegó de la mano de la Alcaldía, a la que naturalmente le compete el apoyo al deporte, así que se les construyeron canchas en el Parque Juanes de la Paz, con la condición de que las administraran y le dieran clases de tenis a las comunidades vecinas.» (P. Velilla, entrevista personal, 11 de marzo de 2020).

Paralelamente se procedió al diseño de líneas de negocios basadas en los conocimientos y las experiencias de un Jardín Botánico y con el fin de crear nuevas fuentes de ingresos y fortalecer las existentes, mediante la venta de

servicios y productos al Estado y a los particulares. Se idearon, pues, nueve líneas de negocios que se desprenden de tres unidades. A continuación, sin ánimo de ser exhaustivos, se exponen las líneas de negocio: Científica, Vive el Jardín y Patrocinios.

En la unidad Científica se propuso desarrollar procesos de investigación y consultoría en botánica, así como la preservación de la diversidad florística, estudios taxonómicos, etc. La línea de Investigación y Consultoría se crea considerando que el Jardín es parte de la Red Internacional de Jardines para la Conservación dentro de la Estrategia Mundial en los Jardines Botánicos. Al superar la profunda crisis que afectó la totalidad de sus áreas, el Jardín pasa a convertirse en un centro de alto nivel, en el cual su infraestructura, sus colecciones y su conocimiento se pusieron al servicio de la comunidad, cumpliendo con su misión de promover la educación ambiental y la recreación de todo tipo de públicos. Con el diseño de zonas duras relacionadas con zonas verdes se brindó asesoría, consultoría y capacitación al personal de jardinería de donde surgieron los jardineros expertos que hoy mantienen los espacios públicos de la ciudad. Con la interventoría ambiental se ofreció asesoría a empresas públicas y privadas en materia de investigación de impacto ambiental. En la línea de Agroindustria se hizo énfasis en una especialización en árboles urbanos y especies en peligro de extinción. Se creó la Escuela de Horticultura y Plantas de Compostaje

en varias partes de la ciudad, entre ellas el Cementerio Campos de Paz. Por otra parte, se creó el Fondo Editorial.

Dentro de la unidad Vive el Jardín, creada para la divulgación, conocimiento y creación de experiencias agradables para los visitantes, se incluyeron cursos de extensión para públicos aficionados, entre otras ofertas académicas. Esta unidad se planeó considerando la atracción turística que representa el Jardín y en consideración al Aula Ambiental. En esta línea se propusieron experiencias interactivas para el visitante, programas educativos, vacaciones, temporadas de invierno para niños exploradores, recorridos con el director, temas botánicos especializados, guías asistidas en diferentes idiomas, acuerdo con otras entidades, etc. La Tienda Vivero fue otro de los desarrollos para ofrecer artículos institucionales con el sello y los contenidos del Jardín. La muy exitosa línea de Eventos y Banquetes, que llegó a aportar un porcentaje importante de los ingresos mediante el manejo integral de eventos, conciertos, congresos, ferias, fiestas, reuniones académicas, celebraciones con el suministro de alimentación, menajes, artistas, etcétera. Dentro de la oferta gastronómica se diseñaron el Café del Bosque, ancla comercial del Jardín, dirigido a la gran cantidad de personas que trabajan en el sector y requieren de un servicio rápido, económico y de calidad, con un menú variado y económico; el Restaurante In Situ, un espacio de

alta calidad y servicio a la minuta, cuyo menú se inspira en la botánica; la Dulcería, ubicada en el Vagón del Ferrocarril de Antioquia, un lugar para ofrecer alimentos de calidad y precios bajos como una especie de control de precios para comunidades vulnerables y escolares. También se desarrollaron eventos propios inspirados en los contenidos del Jardín, la botánica, las mascotas, la conservación, las expresiones artísticas, bazares, mercados verdes, festivales de flores, retretas, municipales, Expoheliconias, entre otros. Los Eventos de Terceros: realizados mediante el alquiler de los espacios, tales como la Exposición de Orquídeas y Artesanías, Colombia Provoca o la Fiesta del Libro, entre otros. Las casetas y carros móviles de comidas y diversiones para fines de semana y fechas especiales. El Parqueadero Público con 120 plazas administrado por el Jardín. La Taquilla: que nació como una de las posibilidades de ingresos, pero al comprobar que el jardín representaba uno de los pocos espacios verdes de público masivo de la ciudad, se decidió que la entrada debería ser gratuita y ante la imposibilidad del Jardín de donarla en su totalidad, se logró un acuerdo para que el ingreso fuera una invitación de la Alcaldía de Medellín.

En la Unidad de Patrocinios se plantearon muchas figuras para la presencia de marca, tales como señalización, auspicio de eventos, adopción de espacios, entre otras. También se creó el patrocinio de investigaciones científicas.

Como parte del Vivero se montó una línea de producción de árboles urbanos que buscó la representación para Colombia de grandes productores de árboles; esta línea fue muy exitosa y vendió árboles no solo para Medellín, sino para otras ciudades del país. Y la línea de diseño de jardines, dirigida por Nicolás Hermelín y su equipo de profesionales, entre ellos, los arquitectos Andrea Díaz y Luis Rodrigo Callejas, se pensó para la creación de jardines en varias ciudades colombianas y llegó a tener un equipo de ocho arquitectos de planta, más el acompañamiento de biólogos, ingenieros forestales y ambientales.

Aunque algunas de estas unidades y líneas de negocios se han cerrado en los últimos años, le han permitido al Jardín no solo cumplir con sus objetivos misionales, sino generar ingresos y producir excedentes financieros año tras año desde que fueron montadas.

Con el equipo estructurábamos los negocios, pero como directora me encargaba de promoverlos y conseguir los clientes, había que estar pendiente de obras en las que pudiéramos intervenir. Así recuperamos el jardín original del Aeropuerto Olaya Herrera, nos encargamos del espacio público del edificio de Bancolombia, trabajamos para plantas de Argos en diferentes lugares del país, diseñamos jardines de empresa con especificaciones muy especiales, como la planta de Postobón en el Valle del Cauca. En fin, disfrutaba ser la vendedora y la promotora de los negocios del Jardín, esa vena de negociante la heredé de mis padres que fueron comerciantes tradicionales de Medellín, ellos

me enseñaron a trabajar desde niña» (P. Velilla, entrevista personal, 11 de marzo de 2020).

Dice esta mujer que convirtió la enseñanza de sus padres en la posibilidad de hacer cosas por su ciudad, especialmente a nivel cultural.

¿Dónde está la clave? Ella sabe, a ciencia cierta, que la clave está en la gente. Si no le gustara la gente, entonces no lo hubiera intentado, había que acercarse a los barrios vecinos, a los habitantes de Moravia, sus vecinos en ese momento, a la ciudad, a los empresarios, a todos, de lo contrario no hubiera podido lograr lo que logró con el Jardín Botánico. Igualmente, como aspecto fundamental, Pilar evidenció que para desarrollar un proyecto debemos conocer la historia de la ciudad.

Cuando he llegado a trabajar en una entidad, lo primero que hago es revisar el entorno: dónde estoy, con quién vivo todos los días, quiénes son mis vecinos, con quiénes voy a compartir cada día; luego la ciudad, la región y el país, pero primero ese pedacito vecino. (P. Velilla, entrevista personal, 11 de marzo 2020).

Y este conocimiento del entorno lo sabe fundamental porque tiene la certeza de que cualquier acción urbana puede generar bienestar, convivencia o grandes problemas sociales, como ya lo hemos podido evidenciar. Por ejemplo, nos recordó cuando Medellín de manera irresponsable decidió botar la basura a cielo abierto en Moravia, un barrio de la ciudad a poca distancia del centro, que era antes una

hermosa manga de guayabos y lunas dejadas por el Río Medellín, donde la gente iba a pasear y que ya contaba con asentamientos de unas 50 familias de escasos recursos. El municipio adquirió el predio en el que se fue formando una verdadera montaña de basura. Con la basura llegaron los recicladores, quienes de tanto ir decidieron levantar sus ranchos sobre los desechos. En 1984 se cerró el basurero y se empezó con las primeras legalizaciones de casas. El reciclaje era la fuente de ingresos de los habitantes y al suspenderse la llegada de basuras, muchos optaron por otros negocios como el microtráfico. Solo entre el 2004 y 2006 Moravia se incluyó en el Plan de Desarrollo de la Administración Municipal que logró la declaratoria de calamidad pública por parte del Ministerio del Interior y los habitantes de la llamada montaña de basura fueron reubicados en otro lugar de la ciudad. Para entonces el Jardín Botánico fue contratado para hacer jardines en donde antes estaban los ranchos en «El Morro de Moravia», que de basurero pasó a uno de los jardines más hermosos de la ciudad. En cada palabra e idea, se siente que Pilar Velilla ama, no solo a su ciudad, sino además y profundamente a su gente, por la que realmente trabaja. Finalmente, y después de una labor

impecable, el Jardín Botánico de Medellín, fuera de ser un orgullo para la ciudadanía, es aquel bosque que cumple a cabalidad con su labor de pulmón de la ciudad, de promotor de la ciencia, de espacio profundamente social en el que convive toda la ciudadanía y un referente no solo para los medellinenses, sino también para el mundo entero. Sus diferentes espacios dan cuenta del cumplimiento de sus objetivos: el Edificio Científico, el Orquideorama, el Patio de las Azaleas, el restaurante, los distintos cafés, el mariposario, la ciencia, la cultura, el arte, el esparcimiento y el bienestar, entregados gratuitamente a toda la ciudadanía para generar calidad de vida, conocimiento, cultura y felicidad.

Frecuentemente caminábamos por Moravia y nos encontrábamos con grupos de señoras que, sentadas en los quicios de las casas, conversaban con las vecinas, mientras descansaban de “sus destinos”. Cuando les preguntábamos si visitaban el Jardín simplemente decían que no como pensativas, tal vez no las habíamos hecho sentir dueñas de ese espacio. Allí nacieron los programas “El Jardín, el patio de mi casa” y “Los niños del Jardín”. Así como defendí y defendiendo la taquilla del Museo de Antioquia, entendimos que en el Jardín no se podía cobrar entrada. Ahí entendí que mapa no es lo mismo que territorio (P. Velilla, entrevista personal, 11 de marzo de 2020).



Fotografía tomada de Flickr <https://bit.ly/2WiWaVR>

Autor: Cielo_A.



[https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Jardin_Botanico_de_Medellin-Bosque_Tropical_\(2\).JPG](https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Jardin_Botanico_de_Medellin-Bosque_Tropical_(2).JPG)
Autor: SajoR.



Orquideorama

Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Jardín en Moravia sobre el morro de basura.
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Edificio científico.
Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Palmetum.

Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.

PILAR VELILLA, GERENTE DEL CENTRO DE MEDELLÍN Y SU PROCESO DE «CIVILIZACIÓN EN CUERPO Y ALMA»

Juana María Alzate Córdoba⁴

Además de periodista, enfermera voluntaria, directora del Museo de Antioquia, encargada de la renovación del Jardín Botánico de Medellín, editora, galerista, servidora pública y gestora de proyectos, Pilar Velilla también fue gerente del centro de la capital antioqueña durante los años 2016 a 2019, en la alcaldía de Federico Gutiérrez, periodo en el cual fue condecorada con el Premio Mujer Cafam por Antioquia y como la Gran Antioqueña de Oro en su edición número 20.

De museo de arte a jardín botánico y de jardín botánico al centro de la ciudad. A primera vista, parecen tres ámbitos totalmente diferentes; sin embargo, en el fondo guardan dos cosas en común: precisamente estos lugares estaban pasando por un profundo momento de crisis y hacen parte de la ciudad que ama y por la cual quiere

⁴ Licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, Máster en Edición, Universidad Pompeu Fabra. Editora de mesa del Fondo Editorial ITM. Correo electrónico: juanaalzate@itm.edu.co

trabajar. Como el Museo y el Jardín, el centro de Medellín se había olvidado y estuvo al margen de los Gobiernos durante casi tres décadas. Mientras los alcaldes entendieron que Medellín tenía profundas deudas sociales en las laderas y las comunas, el centro se había quedado ahí, desamparado e incluyendo en sí mismo todas las problemáticas de una pequeña ciudad: la inseguridad, el desarrollo de actividades ilícitas, la ocupación del espacio público, la contaminación y el abandono de las grandes empresas, nacidas casi todas en el centro de la ciudad, porque es la zona fundacional. La tarea que le encomendaron y se trazó, desde esa figura de la gerencia, fue entonces dignificar el centro de su ciudad, recuperar el sentido de sus espacios, y dárselo a la gente para su educación y deleite. Pilar sabe que los centros naturalmente reflejan lo que las ciudades son, el momento histórico que están viviendo, y en su gestión intentó preservar lo que quedaba para ponerlo al servicio de la comunidad.

Ahora, la administración de Federico Gutiérrez entendió que los centros son los lugares más importantes de las ciudades. No es solo la estética, no es solo hacer intervenciones físicas, sino la calidad de vida, la felicidad de poder vivir o visitar el centro, no por la obligatoriedad de hacerlo, sino por el goce, por disfrutarlo y deleitarse en él. Trabajamos para una Administración que puso el centro dentro de sus prioridades para desarrollar proceso de civilización en cuerpo y alma (P. Velilla, entrevista personal 11 de marzo de 2020).

En sus palabras se evidencia que, más que por la cultura y su divulgación, Pilar ha desarrollado una inquietud profunda por su ciudad y por las personas que la habitan, por ese lugar donde, a su vez, habitan todas las expresiones culturales, del patrimonio, la memoria y las tradiciones. Y en esa ciudad, y por su desarrollo, usa la cultura como un mecanismo de transformación social y de crecimiento personal para los ciudadanos, porque «la ciudad no solamente es su infraestructura, sino también su espíritu, su corazón, su alma». Utiliza la cultura para cambiar la mentalidad de las personas y la pone al servicio del desarrollo integral de una sociedad.

Hija del centro de nuestra ciudad, Pilar Velilla Moreno nació en la Placita de Zea y muy pequeña vivió en Maracaibo entre Junín y Palacé, de ahí en adelante vivió en otras direcciones, pero siempre en el centro, y eso marca. En ese entonces, el centro era el centro y no había centros comerciales, ni supermercados, por lo que era el lugar que todo el mundo visitaba, donde se encontraban todas las cosas, donde estaban los bancos, la cultura, los mercados, los almacenes, los edificios administrativos, etc. El centro era algo total.

Estoy vinculada al centro desde que nací. Aquí crecí, viví las primeras etapas de mi vida hasta la universidad. Me tocaron unas épocas inolvidables del centro. Era otro centro. Cuando entro a trabajar en el Museo de Antioquia mucho más. Yo no soy urbanista, soy periodista, tal vez por eso he sido observadora de los procesos de ciudad, en especial de este centro me ha

tocado ver todo su proceso (Revista DC, 2018).⁵

Años después, sin haberse desligado nunca de esta zona de la ciudad, tuvo la oportunidad de asumir su gerencia. Pero ¿qué es la Gerencia del Centro? Es una dependencia adscrita al Despacho del alcalde, que tiene como objetivo «concertar y articular la acción institucional en el territorio Centro de la ciudad, promoviendo la construcción social de lugares, capacidades y oportunidades para el desarrollo humano integral». ⁶ El gerente del centro, en palabras de la propia Pilar, gestiona procesos con entidades públicas y privadas que, de una u otra forma, eleven la calidad de vida del lugar y de sus habitantes, sean los que lo habitan por un rato o sean moradores.

Gestión en muchos temas. Hay que promover el centro en todas las vocaciones que tiene: administrativa, educativa, comercial, cultural, económica, histórica, patrimonial, etc. Igualmente, tiene la mayor cantidad de problemas, tiene mucho de todo; o sea que promoverlo, desarrollarlo, civilizarlo es muy importante, porque se promueven los aspectos positivos, que vayan en beneficio de mejorar prácticas (Telemedellín, 2018).⁷

El centro es el lugar fundacional de la urbe y, por tanto, se parece a ella y se parece al país al que pertenece, con

todo lo bueno y con todo lo malo; entonces, es un lugar que concentra oportunidades, espacios, patrimonio, cultura, educación, comercio y, al mismo tiempo, problemáticas y patologías sociales de gran envergadura. En consecuencia, se necesita a alguien que articule toda esa cantidad de acciones y que potencie aquello que es bueno, desde todos los ángulos posibles. Por tanto, lo otro que hace el gerente del centro es articular, estructurar y organizar todas las entidades públicas (que son todas las áreas de la Alcaldía de Medellín) que tienen que ver con el centro, para propender una mayor coherencia entre lo que se está haciendo y lograr verdaderos resultados.

Decidida a intervenir el centro con las Secretarías involucradas, Pilar Velilla formó parte de un equipo para la construcción física y social de renovados espacios públicos, 58 obras en total, la mayor cantidad de obras que alguna Alcaldía haya realizado en la historia del centro, con proyectos ejemplares y dignos de reconocimiento y recordación. En particular, se destaca el trabajo hecho con la red de corredores verdes patrimoniales presentes en el centro: la avenida La Playa, la carrera Junín, el Paseo Bolívar. Se ampliaron

⁵ Revista DC. (agosto de 2018). DCorazón por el centro: Pilar Velilla Moreno. Revista DC, (101), 84-85. https://issuu.com/dcrevista/docs/revista-dc-101-agosto_bogota_2

⁶ El centro de Medellín. (S.F.). Gerencia del centro. <https://centrodemedellin.wordpress.com/about/>

⁷ Telemedellín. (19 de diciembre de 2018). Pilar Velilla, Gerente del Centro de Medellín. [Archivo de video]. https://www.youtube.com/watch?v=cGCZvPbKl_w

los andenes y se redujeron las vías en un valioso intento para que el centro no sea de los carros, sino de los peatones. Se renovaron cuarenta parques, entre ellos el patrimonial y entrañable Parque de Bolívar.

No queda ninguna duda de que la estética del espacio público contribuye a la transformación del comportamiento humano. Principalmente, ese espacio, el espacio público transformado, bonito, arborizado, verde, hace que haya un cambio de comportamiento. Hay una cantidad de actividades que hacen que el centro sea muy muy atractivo para venir (Teled Medellín, 2018).⁸

Hay muchos lugares renovados, más peatonalización, muchos menos carros, hay más verde. Al Paseo Bolívar se le quitó una de sus vías para sumarla al andén, haciendo un tejido de calles históricas que se están dignificando, embelleciendo, arborizando. El centro no se está inventando de nuevo, es el mismo centro de siempre, y los corredores verdes, además de brindar paisajismo, lo que pretenden es mitigar el ruido, el calor, la contaminación.

Ahora hay más color, más verde, se sembraron plantas hospederas y nutricias para atraer mariposas, lo que se hizo fue una réplica de nuestra naturaleza en los corredores verdes, que también van cruzando, por ejemplo, la avenida Oriental. Cuando vas por Bolívar, llegas a la Plazuela Nutibara, te encuentras la Plaza Botero, entonces es un tejido de corredores que van uniendo patrimonios.

Muy pronto vamos a caminar del Museo de la Memoria y el Pablo Tobón Uribe, derecho, por una Playa más arborizada, más peatonalizada hasta llegar al Museo de Antioquia. La gente se va a enamorar de La Playa, les va a encantar. Ahí vamos implementando y generando una nueva mirada de su centro (Teled Medellín, 2018).⁹

Por otra parte, además del tejido de corredores patrimoniales está también la potencialización de la Alianza Cultural por el Centro, gestada por el anterior rector de la Universidad de Antioquia, Mauricio Alviar Ramírez, quien empezó a hacer unas reuniones que fueron tomando forma hasta convertirse en esta unión de voluntades de entidades culturales. Desde el Banco de la República hasta el teatro más pequeño, desde la Alcaldía de Medellín hasta un restaurante, o un pequeño café, más de sesenta propuestas culturales que pusieron su firma para rubricar esta alianza y trabajar juntas. De ahí también nació Camina Pa'l Centro, que ya cuenta con varias ediciones.

Igualmente, y como un hecho coherente, antes de comenzar una renovación externa del centro histórico de la ciudad, se llevó a cabo el proyecto Centro Parrilla para la reconstrucción y mantenimiento de las redes de acueducto y alcantarillado, indispensables para el suministro de agua potable,

⁸ Teled Medellín. (19 de diciembre de 2018). Pilar Velilla, Gerente del Centro de Medellín. [Archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=cGCZvPbKl>

⁹ Teled Medellín. (19 de diciembre de 2018). Pilar Velilla, Gerente del Centro de Medellín. [Archivo de video]. https://www.youtube.com/watch?v=cGCZvPbKl_w

y la recolección y el transporte de las aguas residuales del centro de nuestra ciudad. Con las obras de acueducto (desarrolladas con alta tecnología robótica de forma subterránea) se optimizó la infraestructura existente y se arreglaron aquellas partes que estaban deterioradas por el paso del tiempo. Asimismo, las nuevas redes de alcantarillado permiten recoger las aguas residuales, que ahora son tratadas en la Planta de Tratamiento Aguas Claras en Bello, aportando al saneamiento del río Medellín y de las quebradas afluentes.

Centro Parrilla contribuye entonces a la calidad de vida de los usuarios y posibilita el mejoramiento urbanístico y ambiental del centro, recolectando las descargas de aguas residuales que se vertían a las quebradas Santa Elena, La Mansión, La Loca, La Palencia, Guanteros y Guayaquil.¹⁰

Le cambiamos el alcantarillado a todas las redes del centro histórico. Las Empresas Públicas de Medellín nuestras, que son una maravilla, se dieron cuenta de que si abrían estas zanjas eran millones de toneladas de tierra, que hubiera hecho que el centro colapsara. Así que se hizo con robótica y por debajo de la tierra iban las máquinas rompiendo y poniendo nueva alcantarilla. Se arregló primero el subsuelo y luego el centro. Somos pioneros. Y a la quebrada Santa Elena se le quitaron todas esas aguas negras

aterradoras que se encauzaron y ahora van a Aguas Claras, a la planta de tratamiento. Yo me siento súper orgullosa de mi ciudad por esto. Me parece que es algo para salir a presumir (Teled Medellín, 2018).¹¹

Otro proyecto de su gerencia que es profundamente valioso por su alto sentido social es El Rastrillo, que es un comienzo para que Medellín llegue a tener un lugar en donde los cacharrereros y vendedores de objetos usados tengan un lugar apropiado para trabajar, como en tantas ciudades del mundo. Como ella misma lo explica, un rastrillo es una práctica muy antigua de la humanidad:

Tenemos un San Alejo, entonces pensamos en un rastrillo de venta de venteros, de antigüedades, de cosas usadas. Pero además tenemos un problema social grande en el viaducto del metro, donde están aquellos venteros callejeros de cosas viejas, incluso sacadas de la basura. Entonces, la idea es hacer que ellos dignifiquen su trabajo. Inicialmente lo hicimos en la Plaza de Cisneros, un espacio que no ha conectado con la comunidad, muy pocas personas se sientan allí y es muy bella, además es una obra de arte urbano, ha ganado varios premios internacionales y hay que darle vida. Entonces nos imaginamos para la Plaza de Cisneros un Rastrillo, un mercadillo especializado en cosas usadas e inclusive en antigüedades (Teled Medellín, 2018).¹²

¹⁰ Empresas Públicas de Medellín (EPM). (2013). Proyecto Centro Parrilla. <https://www.epm.com.co/site/proyectocentroparrilla>

¹¹ Teled Medellín. (19 de diciembre de 2018). Pilar Velilla, Gerente del Centro de Medellín. [Archivo de video]. https://www.youtube.com/watch?v=cGCZvPbKl_w

¹² Teled Medellín. (19 de diciembre de 2018). Pilar Velilla, Gerente del Centro de Medellín. [Archivo de video]. https://www.youtube.com/watch?v=cGCZvPbKl_w

Así, desde la Gerencia del Centro, se espera que este evento se convierta en una costumbre que ayude a rescatar aquellas ferias tradicionales, que los medellinenses vuelvan cada vez más al centro, que mejore en diferentes aspectos este lugar insignia de la ciudad y le deje un plan de ruta a la Comuna 10, La Candelaria, corazón de Medellín. El proyecto Mercadillo Plaza Cisneros quiere promover esta zona y revivir la memoria de lo que fue la centralidad de Medellín por más de un siglo.¹³

Finalmente, después de toda la gestión y los proyectos desarrollados, queda la certeza y el ejemplo de que hay una obligatoriedad y es que la comunidad se enamora y se encanta con lo que está pasando en su centro. Como es el barrio de todos, muchas veces pasa que puede ser el barrio de nadie, y el ciudadano común debe sentir que el centro es nuestro orgullo, que es una muestra de todo lo mejor.

¹³ Vallejo Ramírez, S. (2018). Regresa el mercadillo a la Plaza Cisneros. <https://www.medellincuenta.com/?NavigationTarget=navurl://8d71b995bf91915f10c22a7cde1686d6>



https://commons.wikimedia.org/wiki/File:2018_Medell%C3%ADn_reparaci%C3%B3n_andenes_avenida_La_Playa_frente_al_edificio_de_Coltejer.jpg
Autor: Felipe Restrepo Acosta.



<https://www.flickr.com/photos/transitomedellin/35309396155/in/photostream/>
Autor: Secretaria de Movilidad de Medellín.



No es solo la estética, no es solo hacer intervenciones físicas, sino que estamos haciendo a la gente feliz (...) Un proceso de civilización en cuerpo y alma.

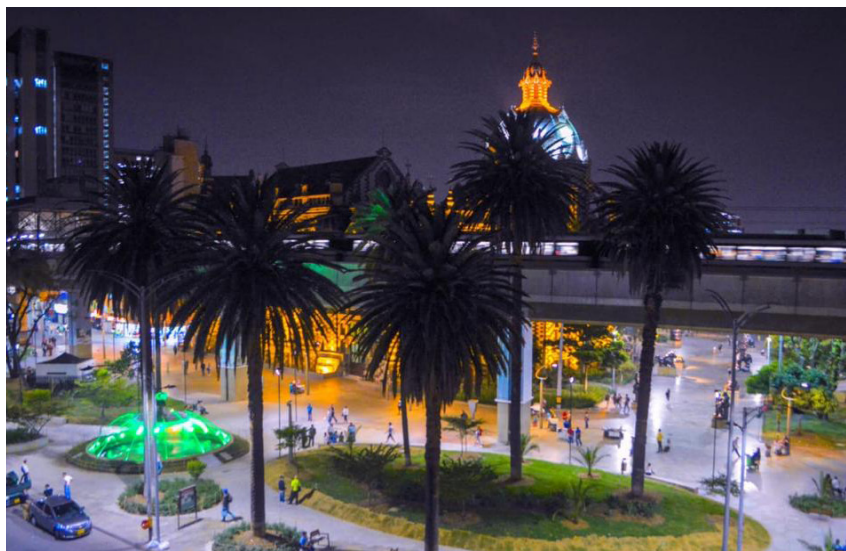
<https://www.flickr.com/photos/pe5pe/5567809727/in/photostream/>

Autor: Luis Pérez.



Plazuela Nutibara.

Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.



Parque Berrio en la noche.

Fotografía: cortesía de la periodista Pilar Velilla.

DE  DE
LA BIBLIOTECA